

alimentación produjeron enfermedades que al cabo se convirtieron en una epidemia horrible. Nada sin embargo quebrantaba la constancia de los sitiados; y así Napoleón dispuso que el mariscal Lannes reemplazara á Junot en la comandancia del ejército sitiador; era el tercer general que se encargaba del mando. El 26 de enero dió Lannes al ejército la orden de asaltar la ciudad por las tres brechas que estaban practicables. En todas partes se empeñó un fuego terrible de bombas, granadas y fusilería, avanzando y retrocediendo unos y otros y empeñándose combates personales encarnizados. Los franceses tuvieron que suspender su ataque, en el cual murieron 800. El 28 de enero escribía Lannes á su amo: «Jamás he visto, señor, un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza... He visto á las mujeres dejarse matar delante de la brecha. Cada casa requiere un nuevo asalto. La ciudad arde en estos momentos por cuatro puntos distintos y llueven sobre ella centenares de bombas; pero nada basta para intimidar á sus defensores.» En efecto, los dueños de las casas las incendaban por sí mismos cuando tenían la esperanza de abrasar dentro de ellas á los enemigos. Tardaron los franceses en llegar hasta el Coso desde el 26 de enero hasta el 7 de febrero. La epidemia arrebatada entonces 50 víctimas por día, entraban diariamente en los hospitales 400 enfermos, y no había alimentos ni medicinas que darles, ni espacio para enterrar á los muertos. El mismo Palafox, atacado de la enfermedad reinante, se hallaba á las puertas de la muerte; apenas quedaba en pié la tercera parte de los combatientes, y éstos enfermos y demacrados. Entonces la mayoría de la junta se inclinó á capitular y envió un parlamentario á Lannes aceptando con alguna variación las ofertas que éste había hecho días antes.

La guarnición salió con los honores de la guerra, estipulándose que quedarán prisioneros los que no quisieran tomar partido por el rey intruso y que serían respetadas las vidas y propiedades de los habitantes. Palafox, no obstante que Lannes había dado su palabra de dejarle en libertad, fué enviado á Francia y encerrado en Vincennes, donde estuvo hasta el año 1814. Lannes mandó cometer algunos asesinatos en personas que se habían distinguido por su valor en el sitio, y las principales alhajas del santuario del Pilar pasaron á manos de los jefes franceses.

No obstante las desgracias que experimentaron los españoles, vistas su constancia y decisión en todas partes, la Inglaterra resolvió ayudarlos en la lucha contra Napoleón, en la cual, por otra parte, estaba ella misma tan interesada, y en 9 de enero de 1809 concluyó con la junta central un tratado, por el cual se obligó á no reconocer otro rey de España sino Fernando VII ó su heredero legítimo, mientras la España, por su parte, aceptó el compromiso de no hacer la paz con Francia sino de acuerdo con su aliada y de no ceder á los franceses parte alguna de su territorio peninsular ó ultramarino.

Después de su entrada en Zaragoza tomaron los franceses á Jaca y Mequinenza; pero de poco les servían estas victorias, pues por ninguna parte, y menos por Cataluña y Aragón, podía transitar un oficial francés, aun acompañado de una fuerte escolta, sin exponerse á ser derrotado por las partidas de guerrilleros y los somatenes. Entre los que más se distinguieron entonces son dignos de mención: D. Juan Díaz Porlier, que encargado de recoger dispersos, allegó gente en las provincias de Palencia y León y causó varias derrotas á fuertes destacamentos franceses; D. Juan Fernández Echavarrí, que con el nombre de compañía del Norte levantó una con la cual corrió las montañas de Santander y Vizcaya, y habiendo caído prisionero selló con su sangre su fidelidad á la buena

causa; D. Juan Martín Díez, alias *el Empecinado*, como se llamaba entonces á los habitantes de Castrillo de Duero, de donde era natural, y que molestaba continuamente á los franceses en las provincias de Segovia, Guadalajara y hasta Madrid; D. Jerónimo Merino, cura de Villaviado, que recorría los montes de Burgos y Soria; D. Julián Sánchez, que formó una numerosa partida de lanceros en la provincia de Segovia y después asistió á las principales acciones de aquella guerra unido á los ejércitos ingleses ó españoles; el abad ó cura de Valladares, en Galicia, que capitaneando una partida arrojó á los franceses de Vigo haciéndoles prisioneros 1,200 soldados y 46 oficiales que fueron embarcados para Inglaterra; el joven Mina en Navarra, las provincias Vascongadas y Aragón, y luego su tío Espoz y Mina, de cuyas hazañas quedó en el país memoria imperecedera. En los montes de Toledo campeaba el médico D. Juan Palarea, guerrillero afamado, y en las sierras de Guadarrama y Navacerrada D. Juan de Abril, que en una ocasión se apoderó de 14,000 cabezas de ganado merino, rescatándolas de la rapacidad francesa, que las conducía á Francia. No se ganaban, pues, grandes batallas, pero se aprendía á ganarlas esperando mejores tiempos y se diezmaba entretanto poco á poco al enemigo, humillando su soberbia.

En efecto, á los ocho meses de haber entrado Napoleón en España con 250,000 hombres de refuerzo, todavía no había conquistado una tercera parte del territorio peninsular. Ney, que había ocupado á Galicia durante cinco meses, al cabo de este tiempo había perdido la mitad de la gente con que había entrado, y en junio evacuó el territorio dirigiéndose á Astorga, como de costumbre asolándolo todo á su paso. Soult, que tenía el encargo de invadir el Portugal y plantar, como decía Napoleón, las águilas francesas en las torres de Lisboa, había entrado en efecto en territorio lusitano y llegado á Oporto; pero allí esperaba á su ejército una desgraciada suerte. El gobierno inglés, después de la derrota de Moore, había reforzado su ejército de Portugal, á las órdenes de Wellesley. Este general se puso en marcha hácia Coimbra llevando 20,000 ingleses y 8,000 portugueses: quería arrojar á Soult de Portugal antes de operar en Extremadura de acuerdo con Cuesta, según era el deseo de este general y del gobierno español. En efecto, el 6 de mayo se presentó delante de Oporto, que fué evacuada por los franceses. El 12 una parte del ejército inglés pasó el Duero en barcas y derrotó á Soult, el cual destruyó su artillería y sus carruajes y por sendas casi intransitables volvió á España con su ejército maltratado y diezmado. Aquí le esperaban nuevos desengaños. Habíase formado por los españoles la división llamada del Miño, compuesta de 16,000 infantes, algunos caballos y nueve cañones y mandada por el conde de Noroña, la cual, siguiendo el plan de los jefes D. Martín de la Carrera y D. Pablo Morillo, esperó á los franceses en el puente de San Payo, en la carretera de Orense á Pontevedra, y aunque de los 10,000 españoles que allí acudieron, los 4,000 no tenían fusiles, los franceses fueron completamente derrotados. Soult se retiró con sus tropas malparadas, é incendiando varios pueblos indefensos llegó á la Puebla de Sanabria, en la provincia de Zamora, de cuyo punto se retiraron á Ciudad-Rodrigo los españoles que le guarnecían. Desde allí despachó á Madrid al general Franceschi para informar á José del estado de su ejército y de sus necesidades. Franceschi salió de Zamora en posta á caballo con dos acompañantes, y al llegar á Toro fué hecho prisionero por la partida que mandaba el fraile capuchino fray Julián de Delica, que se apoderó de sus papeles, en los cuales constaban los apuros de aquellas tropas y los disgustos que reinaban entre sus jefes.

También en Aragón alcanzaron los españoles otra victoria, si bien ésta fué seguida de dos derrotas, debidas al afán de dar batallas campales sin la seguridad y los elementos necesarios.

La junta central, después de haber convocado las cortes para el año siguiente, decretó la formación de un segundo ejército de la derecha, cuyo mando confió al general Blake, que estaba á la sazón en Tortosa. Este general salió el 7 de mayo (1809) de su residencia dirigiéndose con sus tropas á Alcañiz, que fué evacuada por los franceses. Suchet, que acababa de tomar el mando de Zaragoza, sin haber podido todavía reorganizar su ejército, tuvo que sacarle á operaciones y tomar la vuelta de Alcañiz, donde le esperaba Blake. A las seis de la mañana del 23 de mayo se avistaron ambos ejércitos: Suchet atacó con furor, pero la victoria quedó por los españoles. Los franceses perdieron ochocientos hombres y el mismo Suchet salió herido, aunque levemente. Reforzado después Blake, y habiendo reunido hasta 17,000 hombres, se encaminó con ellos á Zaragoza; otro descalabro como el de Alcañiz habría bastado para que los franceses tuvieran que evacuar á Zaragoza y dejar libre á Aragón; pero en la batalla que se dió á dos leguas de aquella capital, en un pueblecito llamado María, la victoria se declaró por los franceses, merced á una horrorosa tormenta que suspendió los movimientos de los españoles y de la cual se aprovecharon los enemigos. Blake se retiró á Botorrita y después á Belchite, siguiéndole Suchet; y en Belchite el general español tuvo la imprudencia de aceptar otra batalla con tropas que acababan de ser derrotadas tres días antes. El resultado fué desastroso para los españoles y Blake tuvo que volverse á Cataluña. Suchet regresó á Zaragoza, creyendo poder entregarse tranquilo al cuidado de la administración; pero no fué así, porque animados los aragoneses con las noticias que recibían y engrosándose los cuerpos francos con los dispersos de las batallas, se presentó la insurrección más formidable que antes.

Se preparaba entretanto una acción general contra los franceses en Extremadura. De los ocho cuerpos de ejército enviados por Napoleón á España en su segunda invasión, el de Junot se había agregado á los otros, formando solo siete, y de éstos, se hallaron cinco en la batalla de Talavera. El 1.º, 5.º y 6.º estaban en Valladolid, Salamanca y tierra de Astorga; el 2.º y 4.º en la Mancha y Extremadura, á orillas del Tajo, y de Madrid acudieron también la reserva y la guardia de José hasta componer un total de 100,000 hombres. De los españoles vinieron á tomar parte en el combate los ejércitos de Extremadura y la Mancha, el primero de 36,000 hombres y el segundo de 24,000; las fuerzas inglesas que mandaba Wellesley en Portugal y una división hispano-portuguesa á las órdenes de Sir Roberto Wilson, en todo otros 100,000 hombres.

El general Cuesta que estaba en Extremadura, aunque impaciente por pelear, se mantuvo, como le estaba mandado, aguardando á Wellesley, y limitándose á avanzar cuando los franceses retrocedían. Wellesley que salió de Abrantes el 27 de junio, estableció el 8 de julio su cuartel general en Plasencia y pasó á avistarse con Cuesta en las Casas del Puerto. En esta entrevista se adoptó el plan de campaña. Con arreglo á este plan, Cuesta y Wellesley se hallaban el 21 de julio entre Oropesa y Velada. El inglés propuso al español atacar el 23, y Cuesta quiso diferirlo hasta la mañana siguiente; pero en aquella noche los franceses levantaron el campo tomando el camino de Torrijos á Toledo. Incomodado Wellesley, que ya se había quejado de la falta de mantenimientos para sus tropas, falta que experimentaban todos, aprovechó la ocasión para declarar que no daría un paso más si no se le garanti-

zaba el acopio de víveres. Le parecía arriesgado separarse mucho de Portugal é internarse más, antes de saber lo que pasaba en Castilla. Cuesta, por consiguiente, avanzó solo, y al llegar el 25 á Torrijos se encontró en frente de fuerzas muy superiores, por lo cual tuvo que retroceder y unirse otra vez á Wellesley, que se había detenido al otro lado del Alberche. Entretanto los enemigos avanzaron, y Wellesley escogió para dar la batalla el terreno que se extiende desde Talavera hasta más allá del cerro de Medellín, por espacio de tres cuartos de legua. A la derecha se situó el ejército español tocando al Tajo; la izquierda y el centro estaban formados por los ingleses, y el cerro de Medellín era la llave de la posición.

Al amanecer del 27 de julio comenzó la acción, peleándose todo el día, sin que los franceses lograran adelantar nada. En la mañana del 28 renovaron sus tentativas: quisieron tomar el cerro de Medellín, introduciéndose entre los españoles y los ingleses; pero Wellesley, previendo este movimiento, había pedido á Cuesta cañones, que se colocaron en posición, y los españoles dieron entonces una brillante carga de caballería, tomando á los enemigos diez cañones. En la izquierda y centro la batalla fué también ganada por los aliados con sus disparos de artillería y cargas de caballería. Los franceses se retiraron humillados con pérdida de 7,500 hombres. Wellesley no siguió el alcance, dando por excusa la falta de víveres.

Por esta victoria recibió de su gobierno el título de duque de Wellington, y del gobierno español el nombramiento de capitán general.

El nuevo lord Wellington, viendo que escaseaban los víveres para sus tropas en Extremadura, país devastado por los enemigos en año y medio de combates, insistió en retirarse y en efecto se retiró á los que pudiéramos llamar sus dominios en Portugal, donde le dejaremos por ahora para hablar del tercer sitio de Gerona.

La ciudad de Gerona no tenía más defensa que un muro antiguo de torreones y el castillo llamado de Montjuich, que se había construido hácia la puerta de Francia con cuatro reductos avanzados. Tomado este castillo, era fácil enseñorearse de la ciudad. Sin embargo, sus 14,000 habitantes y sus 5,000 soldados de guarnición habían resistido dos sitios y humillado dos veces el orgullo francés. Mandaba la plaza D. Mariano Álvarez de Castro, natural de Granada y de familia ilustre de Castilla la Vieja. Al aproximarse los franceses, los vecinos, para ayudar á la defensa, se repartieron en ocho compañías, y hasta las mujeres formaron una, que llamaron de Santa Bárbara, para distribuir víveres y cartuchos á los defensores. Castro publicó un bando que decía: «Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular ó de rendirse.» El 6 de mayo se presentaron los franceses, mandados por el general Verdier, que llevaba 18,000 hombres y el tren correspondiente de artillería. A principios de junio la plaza estaba enteramente cercada, y antes de romper el fuego el general Verdier intimó la rendición; pero Castro contestó que no queriendo tener trato ninguno con los enemigos, recibiría en adelante á metrallazos á sus emisarios, y en efecto así lo hizo siempre que el francés quiso entrar en parlamento. Dirigió el enemigo el principal ataque contra las obras avanzadas de Montjuich, bombardeando los reductos, el castillo y la ciudad. El bombardeo empezó en la noche del 13 al 14 de junio, continuando sin descanso hasta el 25. El 21 los franceses ocuparon los reductos avanzados de Montjuich y al mismo tiempo se reforzaron con un auxilio de 12,000 hombres que les llevó de Barcelona el general Saint-Cyr; pero al acabar el mes no habían conseguido más ventaja que hacerse dueños de los reductos indicados. El 3 de julio empezaron el ataque de Montjuich y al día siguiente intentaron el asalto. Los defensores los rechazaron con grandes pérdidas. En la mañana

del 8 renovaron el ataque en columnas cerradas; dieron cuatro acometidas furiosas, pero repelidos con igual ímpetu, tuvieron que retirarse perdiendo 2,000 hombres, entre ellos once oficiales muertos y 66 heridos. Durante estos asaltos tuvieron constantemente en el aire contra el punto atacado siete bombas y otros muchos fuegos parabólicos. Los defensores se portaron como héroes: un tambor llamado Luciano Auco, encargado de avisar con toques de caja los tiros de bomba, fué herido por un casco que le llevó parte del muslo y la rodilla y al querer trasladarle al hospital contestó: «No, no; aun me quedan las manos para librar de las bombas á mis amigos.»

Continuando los franceses sus tentativas contra Montjuich, en la noche del 3 al 4 de agosto procuraron apoderarse del

rebellin del frente de ataque; y aunque por entonces se frustró su intento, al día siguiente se hicieron dueños de aquella obra, despues de muertos 50 de sus defensores y con ellos su valiente jefe don Francisco de Paula Grifols. Ni aun así pudieron entrar los franceses en el castillo; solo el día 12 lo desocuparon los españoles, á las seis de la tarde, destruyendo antes la artillería y las municiones. Los sitiadores no penetraron en aquellas ruinas sino despues de haber levantado 19 baterías, abierto varias brechas y perdido mas de tres mil hombres. De los 900 españoles que componian la guarnicion murieron 18 oficiales y 511 soldados y los restantes salieron heridos. Verdier, al dar cuenta de la ocupacion de Montjuich á su gobierno, le decia que esperaba que den-



Asalto de Gerona, rechazado heroicamente por los españoles

tro de ocho dias se entregaria la plaza; pero no se cumplió esta esperanza en tan corto plazo. Los franceses rompieron el fuego contra la ciudad el 19 de agosto; pero los sitiados cortaron las calles, formaron parapetos y el enemigo, escarmentado con el ejemplo de Zaragoza, huía de empeñar la lucha en las calles. Castro continuaba firme, y á un oficial encargado de una salida que le preguntaba adonde se acogeria en caso de desgracia, le contestó: «¡Al cementerio!» Blake desde Tortosa se dirigió al socorro de Gerona y logró hacer entrar un convoy de 2,000 acémilas custodiado por 4,000 infantes y 2,000 caballos á las órdenes de don Jaime García Conde, el cual despues de dejar en la ciudad el convoy y 3,000 hombres, volvió con su gente á Hostalrich, donde le aguardaba Blake. El 19 de setiembre asaltaron la plaza los franceses distribuidos en columnas de á 2,000 hombres. Los defensores con Castro á su cabeza se reunieron al toque de generala y al tañido de las campanas, y hombres, mujeres y hasta niños acudieron á los sitios que se les tenian señalados. Presentóse la primera columna delante de la brecha llamada de Santa Lucía: dos veces pusieron el pié sobre ella

los franceses y dos veces fueron rechazados. Por otras partes acometieron tambien los enemigos, y durante una hora de accion tan empeñada las brechas quedaron llenas de cadáveres franceses. El furor de los sitiados era tal que cogian las piedras sueltas de las brechas y las arrojaban á la cabeza de los sitiadores. Perdieron aquel día los franceses mas de dos mil hombres y los españoles de 300 á 400.

Escarmentado el enemigo con lección tan rigurosa, convirtió el sitio en bloqueo, con lo cual comenzó el hambre á hacer sus estragos en Gerona. Un convoy como el anterior que se trató de introducir fué apresado por los franceses, los cuales con la llegada del mariscal Augereau fueron estrechando mas y mas el bloqueo. Muchos caían en las calles muertos de necesidad; apenas quedaba otra cosa en los almacenes mas que trigo, y no habiendo molinos se machacaba en almireces ó en cascos de bomba y cocido se daba á los soldados. De la mala y escasa alimentacion nacieron multitud de enfermedades: solo en el mes de octubre perecieron 793 individuos de la guarnicion; Blake quiso introducir otro convoy pero tambien fué desgraciado en su tentativa. Despues la

peste se declaró, y sin embargo Castro continuaba inflexible y á uno que se atrevió en su presencia á pronunciar la palabra capitulacion le dijo: «¡Cómo! ¿solo usted es aquí cobarde? Cuando ya no haya víveres, nos comeremos á usted y á los de su ralea y despues resolveré lo que mas convenga;» y en seguida publicó un bando diciendo. «Sepan las tropas que ocupan los primeros puestos que las que ocupan los segundos tienen órden de hacer fuego en caso de ataque contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace mas daño que el mismo enemigo.»

En Cataluña se reunió un congreso catalan para provocar un alzamiento general é ir al socorro de Gerona; pero ya era

tarde. Sobrevino el temporal de lluvias, que aumentó los estragos; en noviembre habian perecido 1,378 soldados y casi todas las familias pobres de la ciudad y los niños morian de inanición en los pechos de sus madres.

En la noche del 2 de diciembre Augereau renovó sus acometidas juzgando que habia llegado el momento propicio; y en efecto, la fuerza efectiva de la plaza no pasaba ya de mil cien hombres y éstos convalecientes y batallando sin cesar. Castro fué atacado de una fiebre nerviosa que el día 4 de diciembre puso en peligro su vida. Continuó, sin embargo, dando disposiciones, hasta que el 8 le entró el delirio y en un momento lúcido entregó el mando al teniente rey de la plaza don Juan Bolivar. Su enfermedad fué tan grave que



Rendicion de Ciudad Rodrigo

se le administró la Extremauncion y se le tuvo por muerto. Bolivar reunió junta de autoridades, y todavia se disponian á continuar la defensa, cuando recibieron aviso de que el congreso catalan no podria enviar socorro á la plaza con la prontitud necesaria. Entonces se capituló y entraron los franceses en las ruinas de Gerona el 11 de diciembre. El sitio habia durado siete meses; la plaza no se hallaba en estado de regular defensa; habia sido atacada por fuerzas muy superiores; los franceses habian arrojado contra ella 60,000 balas, 20,000 bombas y granadas, disparadas por 40 baterías; se habian valido de todos los medios del arte, y nada de esto les habia servido. Solo el hambre, la peste y la falta de municiones pudieron rendir á sus defensores.

Los franceses se portaron con el gobernador Castro de una manera infame. Enfermo de peligro como estaba, le sacaron de su casa y le llevaron á Francia, para volverle á España poco tiempo despues y encerrarle en un calabozo del castillo de Figueras, separándole de sus criados y de su ayudante. Un día despues de su encierro se dijo que habia fallecido, y en efecto los franceses le pusieron de cuerpo presente

en unas parihuelas, apareciendo la cara del difunto hinchada y de color cárdeno, indicios de que su muerte habia sido violenta.

A pesar de las desgracias de Cataluña y de otros puntos, algunas ventajas conseguidas en Castilla hicieron concebir á la junta central la ilusion de que podria en breve volver á establecerse en Madrid. El día 18 de octubre se habia dado la batalla de Tamames, á nueve leguas de Salamanca. El duque del Parque, que mandaba el ejército español, tenia á sus órdenes 10,000 infantes y 1,800 caballos. Atacado por el general francés Marchand con fuerzas iguales, tuvo la fortuna de derrotarle, haciéndole perder 1,500 hombres y cogiéndole algunos prisioneros y carros de municiones. Los franceses, perseguidos por el del Parque, á quien se unió en el camino el general Ballesteros con 8,000 hombres, se retiraron á Salamanca, para evacuarla inmediatamente. El duque del Parque entró en la ciudad y allí se le unió tambien la division castellana, á las órdenes del marqués de Castro-Fuerte, con cuyo refuerzo las tropas del duque ascendieron al número de 26,000 hombres. La junta central creyó que estan-